

## LIMITADA PRIMAVERA

Escribe: HERNANDO VALENCIA GOELKEL

“Una fiesta ambulante” (1) es el libro póstumo de Ernest Hemingway publicado en los Estados Unidos a comienzos de este año. El prólogo tiene fecha de 1960, en San Francisco de Paula, Cuba. Hemingway no volvió a Cuba; meses después, una mañana de invierno, se suicidó en su casa de Idaho. Dicen que estaba (tenía que estarlo) enfermo y cansado. Parecía que había muerto con desespero más sin amargura. Así lo creí entonces, y me agradaría seguirlo creyendo hoy.

El Hemingway público de su última época era demasiado convencional para tomarlo muy en serio: vejez olímpica y sentenciosa, corridas en España, safaris al Africa (con accidente de aviación), pescador en el Caribe indistinguible casi de ese otro ser mitológico que era el pescador de “El viejo y el mar”. Los artículos sobre Ordóñez y Dominguín, aparecidos en *Life*, eran flojos; pero hasta cierto punto parecía justo que Hemingway se permitiera una laxitud, un parpadeo. Había sido muy duro; exigente, severo, íntegro en una serie de libros en los que el esfuerzo y el rigor eran algo palpable, algo callado pero que silenciosamente se le comunicaba al lector.

Y ahora, lo inesperado. Una fiesta ambulante. “Si uno tiene la suerte de haber vivido de joven en París entonces, a dondequiera que vaya durante el resto de su vida, París permanece con uno, porque París es una fiesta ambulante”. Estas líneas, tomadas de una carta de Hemingway a uno de sus amigos, sirven de epígrafe al libro. Antes de morir Hemingway convida a una fiesta; y no son las miserias de su presente, de 1960, las que quiere compartir con los lectores, sino el alborozo, el júbilo de un hombre joven en París, en el decenio de 1920. No los antiguos conflictos, los nuevos males alevosos, la lucha ya definida y prolongada inútilmente, sino el retorno al paraíso. El hombre sesentón y atormentado al parecer intenta, con este libro, darnos lo mejor que le queda, la imperdible, irrecuperable vibración de sus años exaltados y mágicos.

Es un libro breve; como lo indica el subtítulo son veinte “esbozos”, correspondientes a episodios acaecidos entre los años 1921 y 1926. (Hemingway nació en 1898). La postguerra, el matrimonio, el primer hijo; periodismo, creación y aprendizaje literarios, la primera novela. En el retrato al óleo de Henry Strater y en la foto de Man Ray vemos un He-

(1) *A moveable feast*. Scribner's, New York, 1964.

mingway de una juventud, de una inocencia punzantes. Estaba creando la obra que había de darle fama; entre tanto, eran tiempos difíciles; él y Hadley, su mujer, "eran muy pobres pero muy dichosos". Algún día, por hacer alguna economía o por no desequilibrar más el castigado presupuesto, Hemingway pasaba hambre. Pero "entonces siempre podía uno ir al Museo de Luxemburgo y todos los cuadros se volvían más incisivos y más claros y más hermosos si uno tenía el estómago vacío y estaba exhausto de hambre. Cuando tuve hambre aprendí a comprender mucho mejor a Cézanne y a darme cuenta verdaderamente de cómo hacía los paisajes. Me preguntaba a veces si también él se sentía hambriento al pintar; pero concluía que seguramente tan solo se había olvidado de comer. Era una de esas ideas frívolas pero iluminadoras que se le ocurren a uno cuando no ha dormido o no ha comido. Más tarde pensé que Cézanne estaba hambriento, pero de un modo distinto". Y también, a lo largo de todo el libro, el testimonio de la fruición con los lujos a su alcance. Tras un día de trabajo, "las ostras, con su fuerte sabor marino y su tenue sabor metálico que el vino enjuagaba, dejando solo el sabor marino y la textura succulenta". Y, sobre todo, el amor. Con Hadley formaban una unidad; el libro está escrito, está vivido en la primera persona del plural. "Dormíamos (estas son unas vacaciones en los Alpes suizos) "muy juntos en la enorme cama, bajo el edredón de plumas, la ventana abierta y las estrellas cercanas y brillantes. Por la mañana, después del desayuno, cargábamos las mochilas para subir y empezábamos a trepar entre lo oscuro, las estrellas cercanas y brillantes, con los esquís al hombro". Eran, también, el descubrimiento, la apropiación compartidos. Tras una incómoda conversación con Gertrude Stein, Hemingway vuelve a casa: "Le referí a mi mujer mi recién adquirido conocimiento. Por la noche fuimos muy felices, con el saber que ya teníamos y con otros saberes nuevos que habíamos adquirido en la montaña".

Los dos integran una sola entidad, un organismo, algo orgullosamente autónomo y egoísta. Un nosotros reticente; pero su recelo es justificado. ("El Estado acosa a la pareja humana y toma al marido y a la mujer para sus guerras, mientras la sociedad espera impacientemente la primera agitación de la querida o del amante, y toda suerte de inadaptados solitarios y neuróticos, impotentes y envidiosos, se ceban en la joven pareja": Cyril Connolly). Frente a ese nosotros casi todo es intrusión o impertinencia; en el capítulo final Hemingway traza un proceso de corrosión; a la pareja la absorbe, la mimó, la halaga y, finalmente, la aniquila un grupo ajeno. Tenía, por eso, razón al decir: "Cuando llegaba la primavera, incluso la falsa primavera, no había problemas, salvo el de dónde ser más felices. Lo único que podía estropear un día era la gente, y si uno se abstenia de concertar compromisos, todos y cada uno de los días carecían de límites. Las gentes eran siempre las limitadoras de la felicidad, excepto aquellas, muy pocas, que eran tan buenas como la primavera misma".

El pan, el vino, el fuego, el amor; la nieve, el aire, la primavera, las estrellas: esos elementos constituyen lo festivo en la "fiesta ambulante". Pero Hemingway había hablado sobre ellos hacía muchos años; son quizás lo decisivo en los cuentos, en "Aún brilla el sol", en "Adiós a las armas",



en "Por quién doblan las campanas". En este libro, Hemingway no hace más que reiterarlos; reproduce las sensaciones, las situaciones, los talantes, y se repite también el estilo, que se vuelve idéntico al de esos años antes de 1930: solo que ahora ha perdido iridiscencia, que no siempre logra deslumbrarnos. No es la elaborada sobriedad lo que resalta, sino los prolijos manierismos con que se obtiene esa sobriedad: "El hotel *donde* murió Verlaine *donde* yo tenía un cuarto en el último piso *donde* yo trabajaba". (En inglés, es verdad, los *donde* no son tan detonantes). Pero el cuerpo, tenaz para la fatiga y para el gozo, la incorporación a la naturaleza, el disfrute de las experiencias primarias, la fiesta, en fin, que el título promete, no aparece sino aquí y allá, recuperada con tesón, muchas veces solo mecánicamente restituída o evocada.

Lo nuevo, en cambio, son "los limitadores de la felicidad", la gente. Hemingway habla de sus amigos los camareros de café, los pescadores del Sena, de sus amigos. Ezra Pound, Gertrude Stein (transitoriamente), F. Scott Fitzgerald; pero el énfasis recae sobre los enemigos, los limitadores, el grupo colectivo y anónimo que a veces se personaliza en figuras concretas: Ford Maddox Ford, Wyndham Lewis. Los halagos del libro se vuelven entonces los habitantes en los memorialistas: indiscreción, malicia, jugosa chismosería. El relato del elogio a la homosexualidad femenina que hace Gertrude Stein es perverso y sumamente divertido; asimismo, nada tan cínico (ni tan desapacible) como las confidencias que le hizo Fitzgerald, un día en que lo inquietaba algún pormenor de su anatomía, una cuestión de tamaño, a *question of measurement*.

Con su avío de vanidad, de resentimientos, de arrogancia, ¿fueron los años solos corruptores? Este Hemingway puritano y dogmático de "Una fiesta ambulante", esta imagen del Justo, del Elegido se asomaba ya en los primeros libros. Pero en potencia; era solo una entre una serie de posibilidades; dentro de los otros Hemingways imaginables había otras perspectivas, de deterioro incluso, mucho menos deprimentes. Hablando de "A través del río y entre los árboles", decía Dwight Macdonald: "Autoparodia inconciente de una fatuidad casi increíble". Y añadía: "Se ha hablado mucho de la dificultad de maduración, peculiar a los escritores americanos. Emocionalmente, Hemingway fue toda su vida un adolescente; intelectualmente, era filisteo por principio. Su solo talento era estético (...) Pero son rudos los límites del esteticismo, cuando no lo respaldan las ideas o el sentimiento". Publicado poco después de la muerte de Hemingway, el artículo de Macdonald parecía entonces despiadado e injusto, pues hablaba no solo del agotamiento estilístico sino también de una descomposición en el carácter. Pero en "Una fiesta ambulante" aparece un Hemingway intolerable, revestido con las peores notas que pueden recaer sobre una personalidad como la que él tuvo originalmente (como escritor y, al parecer, también como persona). De tales notas algunas son particularmente desconsoladoras; en especial, el dogmatismo y el moralismo.

Nadie sino él conocía la vida; nadie fuera de él sabía cómo tratar a los hombres; nadie poseía su ética y su saber. Es difícil no disfrutar de esas descripciones ácidas, de esos escorzos fulminantes en que Hemingway pulveriza a personajes tan dudosos como la Stein y como Wyndham Lewis;

pero a medida que el procedimiento se repite, cuando otro tanto acontece a todos cuantos desfilan por el libro, empieza a sentirse cierto malestar. Por qué de Gertrude Stein, que fue su amiga y le ayudó en su formación de escritor, evoca solo Hemingway tristes circunstancias grotescas de su vida sexo-sentimental? En el prefacio Hemingway advierte que no figuran en el libro algunos de sus mejores amigos de aquellos días; pero, como las de cualquier carcaval de la Academia Francesa, estas memorias de Hemingway tienen un muy visible empeño en lograr nimios desquites de ultratumba. Podrá decirse, sin embargo: eran sus enemigos o adversarios. Pero no menos inquietante es el trato que reserva a quienes llama sus amigos. En los tres capítulos que le consagra a Scott Fitzgerald lo va mostrando, cariñosamente, como una especie de idiota cándido y pesado, en busca siempre de certeza y de fundamentos que solo Hemingway, de vez en cuando, le proporcionaba, benévolo.

Seguramente se trata de una reacción injusta; más pocas cosas decepcionan tanto como la decepción de una fiesta. Y este libro no es una fiesta. Los chispazos de júbilo son solo paréntesis para que Hemingway, juez invulnerable y acaso insospechado, juzgue, dictamine, sentencie. Al concluir el libro, cabe preguntarse si esos limitadores de la felicidad lo eran en cuanto amenazaban un amor, o lo eran intrínsecamente, en cuanto alteraban, pobres diablos mezquinos, el olimpo hemingwayano? El hecho es que salimos deprimidos; esta, como todas las otras, es una falsa fiesta. De ella está ausente el placer; queda la risueña perversidad, el oscuro regocijo de haber visto, igual que en los certámenes siniestros del sábado por la noche, la nada festiva indefensión de las gentes que se desnudan, que se revelan en las fiestas.

“Cuando terminé el libro supe que, no importa lo que hiciera ni cómo se comportara, yo debía saber ya que se trataba de algo como una enfermedad, y ayudarlo como pudiera, y tratar de ser un buen amigo. Tenía muchos muy buenos amigos, más que cualquier otro de mis conocidos. Pero me alisté como uno más entre ellos, pudiera o no servirle en algo. Si era capaz de escribir un libro tan bueno como ‘El gran Gatsby’ era seguro que podría escribir otro mejor”. Así dice Hemingway de Scott Fitzgerald; algo semejante habría que decir de Hemingway; hiciera lo que hiciera, inclusive “Una fiesta ambulante”, no es posible distanciarse del escritor que nos dejó otros libros tan espléndidos. Hay que ser solidarios de Hemingway, como lo fue éste de Fitzgerald: solo que sin su abundante, letal condescendencia.